

Filosofando

Un ser para la belleza Luis Armando Aguilar Sahagún

El hombre es un animal capaz de la belleza. Este enunciado pretende destacar un aspecto de nuestro ser, para valorarlo. Se trata de nuestro ser animal y humano. La belleza también la descubren los animales, la generan e incluso la exhiben. Por ejemplo, en busca de éxito en la conquista de la hembra, los machos, normalmente son más hermosos, más floridos en plumaje, si se trata de aves. O el venado con cornamenta de dieciséis puntas, que exhibe el esplendor de la fuerza para la pelea, y la majestad de su figura en los bosques.

El 'pulchrum' –'lo bello'– no es exclusivo de los humanos. Se dirá, entonces, que también otros animales son capaces de la belleza. ¿En qué radica lo específico de la capacidad humana respecto de ella? Los animales también son capaces del arte y el ingenio. Por ejemplo, los castores, que construyen poderosas presas y diques, verdaderas obras de «ingeniería» animal.

Es verdad que la belleza no se circunscribe al arte, ni necesariamente está ligada a él. Es una cuestión antigua ver en el arte una imitación de la naturaleza, justo en cuanto bella, en sus formas, despliegues, procesos, etcétera. La *mimesis*, la 'imitación', se da también entre los animales. Las mariposas que se mimetizan con los follajes del entorno, por ejemplo, o con los troncos, formando en ocasiones figuras como de espinas que se suman a las que ya de suyo tiene un árbol.

Los animales no son artistas por el uso de la razón; son, en cierto modo, «artífices naturales». No deja de haber en esta caracterización un antropomorfismo, como tampoco es posible ignorar lo mucho que hay de esa capacidad «animal» en los seres humanos, en cuanto animales. Justo en esta facultad se muestra el hombre, como en otros ámbitos de comparación, particularmente deficitario. Las cosas no le resultan «por instinto» bellas, no es artesano sin oficio ni artista sin razón. Cuando se da el caso, se recurre a categorías estéticas como «gracia» o elegancia. Pero sobre todo, razón práctica y, según los clásicos, recta, ordenada a su fin y a su objeto. El artista ha de hacer recto uso de la razón para desarrollar las destrezas adecuadas y fijar las metas, los propósitos, de lo que emprende en su arte y oficio. No sólo la razón: también la imaginación y la sensibilidad.

Se podría indagar con más detenimiento cuáles son las raíces filogenéticas de las capacidades artísticas, así como de la percepción de lo bello y, eventualmente, de su expresión de forma estética. El hombre puede aprender el arte de la caza observando perros, zorras y otros animales de presa. El hombre ha perfeccionado diseños aerodinámicos de aviones y helicópteros observando insectos, como la libélula, y aves como los ánsares y las gaviotas. Las raíces filáticas y animales pueden dar razón de muchas creaciones y expresiones estéticas y artísticas.

La capacidad de belleza del hombre se destaca aún más en cuanto humana. Esto encierra un significado que es preciso esclarecer. ¿Qué dice del hombre su capacidad de belleza, justo en cuanto hombre? ¿En qué radica la humanidad de la capacidad del hombre para el arte y la belleza? ¿Son esas capacidades indicativos de algo propio de su humanidad, o acaso de algo más? ¿Se muestra el hombre más humano cuanto más capaz de crear, expresar y apreciar la belleza? ¿Está la humanidad del hombre vinculada particularmente al orden de lo estético?

El hombre plasma su humanidad en el arte. Cuando lo hace con maestría, crea obras maestras. Cuando se descubre, la obra produce en nosotros admiración, pasmo, gozo. Hay obras de arte en las que puede decirse: «He aquí el hombre», como en versiones siempre inéditas, en una novedad que no deja de sorprender y por la que llegamos a intuir que hay en el hombre algo inagotable de su humanidad, en sus múltiples facetas.

El hombre es capaz de belleza en sus distintas dimensiones. Como ser cultural, histórico, corpóreo. Pero sobre todo, en su ser social, en la relación con los demás, en la amistad, los encuentros. Así, hablamos de la belleza de la amistad, de la familia, de una relación íntima, de un gesto, de una caricia, etcétera. La capacidad de captar lo bello en todas sus formas, dice que el hombre ve más, siente más, puede más que el resto de los animales.

Dice también que el hombre es creador y recreador del mundo. No es creador en sentido absoluto, pero sí en un sentido eminente, al grado de que creemos atisbar su semejanza con Dios en su capacidad de lo perfecto, lo que tiene proporción, medida, equilibrio.

Cuando esto ocurre en el orden de la relación humana, asistimos a los momentos más significativos de la vida y encontramos motivos de celebración, fiesta y acción de gracias. Agradecemos la capacidad de entrega de los padres hacia los hijos, y así como la capacidad de hacer de la relación filial un lugar privilegiado del cuidado, la atención y la caridad. Agradecemos el amor de pareja en todo lo que tiene de celebración de la vida y cuidado de la misma, de generación y trascendencia. Agradecemos una sociedad en la que hay relaciones ciudadanas cordiales, respetuosas de la ley, atentas a las necesidades de los demás. Agradecemos un buen gobierno, una autoridad bien ejercida, un orden jurídico fundado en la justicia.

En todo ello hay una inmensa belleza. El hombre es capaz de ella, de gozarla y, así, de hacerse más humano. Es capaz de plasmarla estéticamente, de decirla, poetizarla. En la sociedad todos somos artistas potenciales. Todos ponemos un toque de belleza al luchar contra la injusticia y la miseria, contra lo repugnante y agresivo. No es la belleza aparente, engañosa, pasajera; sino la belleza de los vínculos perdurables, de la fidelidad a las palabras, las alianzas, del respeto. Es la belleza de una libertad por la que unos a otros nos quitamos las cadenas del odio y de la incompreensión.

El hombre es el ser capaz de la belleza del encuentro, en el que la presencia de unos con otros es un presente que suspende el tiempo; de la belleza del perdón, del reencuentro, del reconocimiento de los límites, y de la bendición al Creador, por poder alabarle por ser el mundo bello, y por ser el mismo hombre, finito, bueno y bello. La capacidad de belleza es indicio del artista en ciernes, de la condición del hombre como voz de un coral inconcluso, de su ser inacabado.